

Tareas de la educación, la ciencia y la cultura latinoamericanas: del presente absoluto hacia la historia y el futuro”, 24 de agosto de 2018

Conferencia de la Dra. Adriana Puiggrós

Pre-Conferencia Clacso/ Centros miembros de la Universidad Nacional de Córdoba

“Pensamiento(s) del Sur: miradas epistémicas descentradas, en diálogo y en fuga”

La imposibilidad del presente absoluto

Quiero comenzar esta conferencia con una noticia alegre, frente al tono sórdido de esta actualidad que nos aprisiona con su tajante afirmación de completud. La primera parte de la noticia es la imposibilidad de un presente absoluto; la segunda, la relativa indecibilidad e indeterminación del futuro. Por eso se equivoca el presidente Mauricio Macri cuando extiende el tiempo de cumplimiento de sus promesas de campaña, semestre tras semestre, considerando el momento de su asunción como un presente infinito, un tiempo verbal que no existe.

A continuación voy a hacer dos aclaraciones. Respecto al futuro: algo podemos predecir en términos hipotéticos y como posibilidad entre muchas. O al menos suponer en base a las ciencias políticas y sociales. Eso sí, reconozcamos que los estudios sobre las sociedades humanas van muy a la zaga de las ciencias que ya pueden disponer de los procesos de gestación de la vida humana o que han lanzado la Sonda Solar Parker, que llegará al sol dentro de siete años. Si la operación de la NASA sale bien, dentro de siete años el hombre habrá tocado la superficie del sol.

Claro que no sabemos si será posible porque el presidente del Imperio, Donald Trump, abandonó una parte de la misión de los jefes del Imperio, “salvar a la humanidad”, “comportarse como hermanos mayores”, para concentrarse en la tarea que representaban en un registro aparentemente fantástico el Pingüino y Lex Luthor, destruyendo todo. No hay elementos para tranquilizarnos diciendo que Trump es una mera circunstancia, una confusión de la historia entre la fantasía y la realidad. Pero los hay, tanto para decir que la catástrofe es posible...como para argumentar que es posible que no ocurra.

¿Estamos entonces meramente en manos de la contingencia? El azar es por definición incontrolable, pero el futuro es puro azar si lo concebimos desde un presente absoluto,

es decir si lo despojamos de la historia. O de las historias, como se prefiera, porque en plural o en singular, todo aquello ocurrió, la humanidad ha vivido. “Confieso que he vivido”, escribió Neruda: un título que ya era subversivo en los tempranos años 70’, cuando comenzó el combate contra la memoria entablado por las dictaduras cívico militares y continuada por los regímenes neoliberales.

El o los relatos de las vidas humanas, sociales, rompen la radicalidad del presente y limitan la indecibilidad del futuro. No se trata de encontrar en los relatos las claves del destino, sino de enfrentar la incertidumbre con los instrumentos adecuados. Estos se tejen con las hebras de la política.

Respecto del transcurrir de la historia, los educadores tenemos al menos un saber: enseñamos y aprenden; aprendemos y nos enseñan. Es una fuerte vivencia de que saber es posible. Investigar y aprender han ocurrido desde hace mucho y por eso es posible que lleguemos al sol. Los caminos de la ciencia han sido sinuosos; los de la educación también. Pero ambas son posibles porque hubo quienes, como expresó Isaac Newton, “si he sido capaz de ver más allá es porque me encontraba sentado sobre los hombros de unos gigantes”.

Cabe, sin embargo, preguntarnos con cierta desesperación: ¿por qué es tan difícil aprender de la historia social? ¿no es posible dislocar la sociedad injusta? ¿será eterno el capitalismo? ¿la única alternativa es el socialismo autocrático? No digo esto último con el sentido negativo que el liberalismo carga a las experiencias socialistas y nacionalistas populares, sino con la esperanza de que una nueva democracia popular sea posible.

Pero, ¿qué tarea le corresponde a la educación, tanto para enredar a toda la sociedad en las marañas presentes de injusticia social, como para otros destinos? La fuerte campaña, que comenzó en la época de Reagan, Thatcher, Menem, Carlos Salinas de Gortari, Fernando Collor de Melo, campaña destinada a desprestigiar los sistemas de educación pública, incluido el estadounidense, se extendió por el mundo al ritmo del poder de las grandes corporaciones. Hizo uso de las ideas desescolarizantes de los fundadores del neoliberalismo, en la perspectiva de transformar la educación en un terreno apto para grandes negocios. Lo original, es que los voceros de la mercantilización de la educación no intentan hacer su propio relato de la historia, su propia historia, sino prescindir de ella, desprendiéndose, descalificación mediante, de la reciente “la herencia recibida”.

No sólo. Sobre todo, desconocen la historia pretérita, viviendo la ficción de que todo comenzó con su llegada, en el Siglo XXI. También suponen posible cambiarse de familia, simplemente borrando las imágenes de sus antecesores. ¡Hasta en los billetes,

reemplazarlos por flores y animales! Y devaluarlos con la ilusión de ver el propio retrato en un papel de color verde e inscribir al país definitivamente en la genealogía anglosajona, aceptando en el lugar de pariente pobre, habitante del patio de atrás del continente americano. Tácticas para disimular el vaciamiento político que facilite el avance sobre una región estratégica como es el territorio argentino.

La educación, en ese registro, consiste en producir saberes ligados a lo inmediato, revertidos sobre un individuo cercenado de su capacidad de asociación con otros, o entre distintos saberes, o entre informaciones desconectadas. Es un subjetivismo sin sujeto que se adiestra para vivir en el ámbito de lo disperso, como si la vida fuera pura casualidad y reinara lo inevitable. Al individuo despojado sólo se le ofrece autoaprender a emprender, aceptar la filosofía del emprendedurismo; abandonar las instituciones educativas por el homeschooling, comprar paquetes de instrucción en el supermercado virtual de productos de educación.

La educación se desvanece. ¿No son acaso ejercicios de ese proceso las amenazas de clausura del Ministerio de Educación de la Nación que ocurren en cada gobierno reaccionario? ¿O la dispersión de sus responsabilidades hacia jurisdicciones sin capacidad de financiamiento? ¿O la bajísima ejecución del presupuesto asignado por el Congreso de la Nación, de acuerdo a la Ley de financiamiento Educativo? ¿O el desfinanciamiento de la investigación científico tecnológica?

Demasiado frecuentemente decimos “Es el neoliberalismo”, -que lo es ciertamente, pero prescindimos de los nombres propios, despojándonos de responsabilidades. Tomando en cuenta que el espectro de posturas de los pedagogos modernos ha señalado la indisociabilidad entre educación y sociedad, no queda más remedio que analizar la parte que nos toca, en tanto integrantes de esta última y principales actores de su enseñanza. La educación requiere siempre de educador y de educando. Produce un vínculo o no es educación. Y el vínculo pedagógico transcurre en tiempo y espacio.

Saúl Taborda escribió que “toda escuela es la escuela de su tiempo (...) el proceso formativo sigue un curso paralelo a las normas sociales, compenetrándose con ellas como factores condicionados y condicionantes de su tiempo”. Y, en su esfuerzo para congeniar espíritu y sociedad, el autor de “Investigaciones Pedagógicas” expresó que “no hay fin individual que no esté también en la comunidad, y la pedagogía, al dirigirse al educando, necesita dirigirse al mismo tiempo a su término correlativo” (Taborda: 2011, pp.231-232). Es un “golpe bajo” el de Taborda para quienes denunciamos el asesinato de la escuela. Nos obliga a responder a una dolorosa pregunta: ¿puede todavía hacer algo la educación moderna, con sus instituciones (digamos la escuela, el colegio, los institutos, las universidades, la alfabetización, o bien digamos la/el docente, el programa,

el plan de estudios, los contenidos, la evaluación, los recreos, la hora de clase...y allá lejos Comenio organizándolo todo)?

Al pronunciar “Hacer algo” no me refiero a la “utilidad” que vende el pragmatismo barato, sino a la noción deweiana de “experiencia”, que ha influido a los educadores más democráticos de América Latina. La posibilidad del “hacer algo” depende de la capacidad que tengamos, sujetos de aquellas instituciones, para detectar las equivocaciones de nuestro método, los errores de nuestra experiencia porque, siguiendo con Dewey, “la experiencia misma, como tal experiencia, es incompleta, y por esa razón es inevitable e irremediable el error” (Dewey:1993, pp.106)

No podemos dejar de entender el error como irremediable fallido de la acción, como ineficacia del lenguaje, de modo que no queda remedio: las fallas permiten acceder a las limitaciones de las instituciones educativas de la modernidad, pero también a nuestras faltas, insuficiencias o concepciones, que han permitido crecer la guerra corporativa contra esas instituciones. Así es que se impone revisar nuestro relato sobre el abandono escolar, las dificultades de aprendizaje, el desinterés de los chicos por el estudio, nuestro propio hartazgo ante las dificultades...más allá de la acción maligna de las corporaciones y sus empleados a través de los medios de comunicación, del uso bizarro de la tecnología o de su programa de desarticulación educativa. Muchas manos, entre ellas manos de educadores, introdujeron en las urnas votos a favor de una política que ya había demostrado su voracidad por el negocio de la educación. Algo ocurre en nuestra casa y debemos revisarlo.

También muchas manos educadoras se asocian cada día para alimentar, dar calor, retener a los alumnos, educar. Reclaman por derechos: enseñar y aprender, como garantiza la Constitución expresando uno de los pactos fundantes de la Nación. Desde esa postura se percibe una de las características más fuertes del oficialismo, que es su incapacidad y desinterés de dialogar con los sujetos de la educación: incumpliendo con las convocatorias a paritarias, a las comisiones técnicas establecidas en la Ley de Educación Nacional y las leyes provinciales, evitando el contacto con los que son damnificados por ineficiencia e indiferencia de su gestión. Acusan a los docentes, los descalifican, denuncian que están mal formados y clausuran las instancias legales destinadas a su formación y capacitación. La razón es esgrimida es abaratar los costos de la educación, pero al igual les interesa disolver la escena de la educación moderna, heredera de milenios de experiencia humana, porque en ella siempre hay un margen de libertad. El vínculo pedagógico es afortunadamente una transmisión incompleta de la cultura, que deja lugar a diferencias entre la experiencia de los/ las educadores y la de los/las educandos.

Este antagonismo entre una educación reducida a instrucción y educación dialógica es por todos nosotros conocida. También que en su resolución juegan enormes intereses mercantiles. Que la OCDE y la OMC instituyeron a la educación como mercancía. Que Amazon, Google, Microsoft, Apple y Pearson (blandiendo el test Pisa) avanzan a pasos agigantados en el mercado de la educación. Que el 2 de agosto de 2018 Apple alcanzó el récord de mercado con más de 1 billón de US\$: que Apple y Google juntas producen el software del 99% de todos los smartphones. Naturalmente son condiciones presentes que ya actúan sobre el futuro de la educación. Pero he propuesto al principio de esta comunicación, una concepción de futuro-que es una concepción de la historia- en el cual las determinaciones del presente sólo actúan de manera parcial, por lo que nuevamente hace su aparición la tan despreciada política, la acción de sujetos compitiendo por el poder. O sea que hacemos jugar tres elementos: la “herencia recibida”, el azar y la política. En nuestro tema, en particular la política educativa.

Es habitual escuchar entre nosotros que no tenemos política, programa, que no sabríamos qué hacer, que nos han vencido porque nuestros instrumentos y nuestras concepciones están decrépitos. ¿Realmente lo creemos? ¿Ya no sabemos enseñar ni aprender? ¿Vamos a desechar la herencia pedagógica latinoamericana para inclinarnos admirados e impotentes ante políticas educativas de otros países que tiene otras realidades, otras costumbres, lenguajes, economía, composición demográfica? Obviamente nuestras propuestas educativas tienen que conformarse en el marco de la globalización. Pero aportando con nuestro acervo. ¿Cuál es? En primer lugar, la manera en que resolvemos la tarea educativa todos los días, aunque fuera precaria; las múltiples experiencias que se realizan en el sistema de educación pública, en las propuestas sociales (los bachis, las cooperativas, y las numerosas alternativas pedagógicas) e incluso en la educación privada.

(Esta última también es objeto de la voracidad del mercado internacional; tampoco los docentes del sector privado han conseguido convenios colectivos de trabajo y es un peligro inminente su reemplazo por programas empaquetados y acompañantes o líderes sin formación pedagógica. El mercado va contra la institución educativa, no solamente contra la educación pública.)

Forma parte también de nuestro acervo la historia educativa del país y la de América Latina. Las ideas de Paulo Freire son la primera referencia que generalmente hacemos. Constituyen un ancla al territorio nuestro, al de nuestros pueblos. Pero sigamos hacia el pasado más lejano y el reciente. Encontramos sendas que se vinculan. Llegamos al dislocamiento de la educación colonial producida por la emancipación; a Simón

Rodríguez luchador por un sistema educativo apoyado en el pueblo; a los discutidores del positivismo de fines del siglo XIX y principios del XX; a la escuela activa; a los maestros normalistas de la revolución mexicana; a las reformas y los programas nacionalistas populares desde el gobierno de Lázaro Cárdenas hasta los gobiernos de ese signo de las últimas dos décadas, a partir del de Lula. Y arribamos a la experiencia de los diez años gobernados por una expresión del peronismo, como es el kirchnerismo. Subrayo esa pertenencia- o ese origen, se verá- para iluminar la ascendencia de una política educativa que reconoció los derechos sociales, en este caso en particular el derecho a la educación, modificando las leyes y adecuando programas. Con ecos desde el radicalismo yrigoyenista que apoyó al Movimiento Reformista, del capítulo “Derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura” de la Constitución de 1949, retomados en 1973, y expresados en los programas de inclusión de las grandes mayorías, así como en la afirmación de la autonomía universitaria y la gratuidad universitarias.

He ahí una genealogía. Pueden construirse otras. Siguiendo las rutas del socialismo, las propuestas libertarias y las que hemos llamado “democrático radicalizadas”, hasta alcanzar a numerosas experiencias de educación social en la actualidad. También podemos tomar como ruta el normalismo liberal o más positivista, o krausopositivista. En cualquiera de esas opciones vamos a encontrarnos con un acuerdo profundo de todos los sectores de la sociedad, respecto a la necesidad de la escuela, el colegio, los institutos, las universidades. Todos nos van a decir que su propuesta es posible porque tuvieron algún maestro/a, les interesó alguna concepción educativa, aprendieron a educar en alguna circunstancia. En cambio, los teóricos de la desescolarización, se suponen ellos mismos gigantes y proponen deshacerse de la historia. Dicen haber descubierto que la institución educativa sólo disciplina, ataca la libertad de las personas; que otorga poder innecesario a los docentes, y se pone en línea con la necesidad del mercado de lograr la liberalización de los cuerpos, las mentes y los espíritus, disolver las diferencias etarias y generacionales, para atraparlos en un presente absoluto. Esa es una mera ilusión. Nadie existe sin biografía e historia. Pero es posible que sólo tengamos representaciones dispersas, experiencias poco elaboradas. Especialmente respecto a la historia reciente, más aún cuando la realidad actual nos golpea interviniendo en nuestra posibilidad de simbolización. Es necesario que trasformemos la herencia pedagógica y nuestras experiencias, en relatos que den cuenta de tejidos y fracturas, de analogías e incongruencias, de éxitos y fracasos.

Tomemos dos ejemplos. El plan Fines y las nuevas universidades. En el plan Fines asumió la cuestión de la exclusión y el abandono de la educación secundaria tradicional, que siempre había sido considerado un problema de los alumnos, no de la institución. "Fines" se inscribió en la tradición educativa que llamaré provisoriamente "tradición dialógica". Alcanzó a centenares de miles de jóvenes y adultos. Fue una decisiva vivencia para docentes y alumnos, aunque desde el propio sistema se señalaron las limitaciones del programa, e incluso fue rechazado. En cuanto al gobierno de Macri, rápidamente lo desfinanció. Ahora es urgente recuperar las trayectorias que siguió programa "Fines" y conceptualizarlo. Con sus errores y aciertos es patrimonio de la educación popular. Lo mismo ocurre con los bachilleratos populares.

El segundo ejemplo, son las nuevas universidades. Desde la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación considerábamos que era necesario dictar una nueva Ley de Educación Superior como paso previo a su fundación, para hacerlo de manera planificada. La pulseada entre quienes defendemos la universidad pública y los sectores comprometidos con las corporaciones, especialmente las financieras, interesadas en el negocio de la educación superior, impidió que se derogara la ley de educación superior menemista, de 1995. Pero creamos universidades, algunas de las cuales alcanzaron en un quinquenio más de veinte mil alumnos. El 80% de ellos proviene de familias donde nunca hubo un universitario o bien un egresado del secundario. El gobierno de Macri, acordando con una tradicional exigencia de los organismos internacionales de crédito, las está ahogando. La filosofía que sustenta esa acción fue expresada por la gobernadora de la Pcia. de Buenos Aires: los pobres nunca llegan a la universidad, por lo cual para qué desperdiciar dineros en universidades para pobres.

Afortunadamente en noviembre de 2015 alcanzamos a dictar una ley modificatoria de la LES que garantiza la aplicación de los derechos fundamentales referidos a la educación pública superior, que están contenidos en el Art. 75, inc. 19 de la Constitución Nacional. Habría que trabajar para lograr una conceptualización de la reforma que se ha llevado a cabo. No ha sido menor. Las nuevas universidades, la política científico-tecnológica, la Ley de Financiamiento Educativo, la Ley de Educación Nacional de 2006, están en una misma serie histórica que va mucho más allá de la historia reciente. Necesitamos vincular el pasado con el futuro. Hacerlo hoy. Es una posible contribución de los educadores que no llegará a tocar el sol, pero al menos contribuirá a que siga iluminando a nuestro dolido pueblo.

Extraído del sitio: <https://www.facebook.com/299695069246/posts/10155940301294247/>